

de hacerme constante ni que pueda hacerme esperar aquella sólida virtud á que no he llegado hasta ahora. Compadecedos, Señor, de mi peligroso estado; el carácter de mi corazón me asusta y desanima; sé que el ser inconstante en vuestros caminos es señal de perdición, y que maldecís en vuestros santos libros á las almas inconstantes. Pero Señor, mientras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dejaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, mas quiero perecer haciendo esfuerzos para volverme á vos, ¡oh Dios mio! que nunca permitís que perezca el alma que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido, que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos que preparais á los que os aman. Amen.



SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION.

Parate viam Domini; rectas facite semitas ejus.

Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas.

LUC. 3. v. 4.

SEÑOR:

Oid lo que la Iglesia nuestra madre continuamente nos repite en este santo tiempo para disponernos al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Preparad, dice á todos sus hijos, preparad el camino del Señor que baja desde el cielo á visitar y rescatar á su pueblo; enderezad sus sendas; iguálense las montañas y los collados; enderécense los caminos torcidos, y reúnanse los extraviados, ó lo que es lo mismo en el sentido metafórico: disponeos, nos dice, para recoger el fruto del gran misterio que vamos á celebrar con la humildad del corazón, con la dulzura de la caridad, con la rectitud de la intencion, con la uniformidad de la vida, renunciando á vuestra propia sabiduría y á vuestra propia justicia, mortificando la carne y humillando el espíritu.

Permítaseme usar del mismo estilo, católicos, con los que venís en esta solemnidad á purificaros en el tribunal de la penitencia para dar un nuevo nacimiento á Jesucristo en vuestros corazones, recibéndole en la sagrada comunión: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor: la acción que vais á ejecutar es la mas santa de la religion y la fuente de las mayores gracias; no la hagais, pues, sin poner en ella todo el cuidado y usar de todas las precauciones que pide. No os espongais á perder por culpa vuestra las preciosas utilidades que de ella os deben resultar: *Parate viam Domini*.

La comunión debe hacer que nazca Jesucristo en nuestros corazones; ¿pero qué diferencia habria entre el justo y el pecador, entre el que respeta al cuerpo del Señor y el que le trata como una vianda comun, si igualmente naciera en el corazon de todos los que le reciben? No os engañeis, católicos, en este punto. Hay un modo de recibir á Jesucristo que nos hace inútil su presencia; y ojalá que recibéndole de este modo solamente nos privásemos de las gracias que acompañan á una santa comunión. ¡Ah fieles! la comunión si no hace que nazca Jesucristo en nuestros corazones, le hace morir en ellos; si no os hace partícipes de su espíritu y de sus gracias, es para nosotros el decreto de condenacion eterna, si no es para nuestras almas fruto de vida, es fruto de muerte. Alternativa terrible que nos debe hacer temblar, aunque no apartarnos del todo de la sagrada mesa. El pan que en ella se da es el verdadero sustento de nuestras almas, la fortaleza de los fuertes, el alivio de los flacos, el consuelo de los afligidos y la prenda de la feliz inmortalidad. ¡Qué cosa tan peligrosa seria, pues, el privarse de ella! pero lo seria infinitamente mas el acercarse sin haberse preparado. Por eso os repito nueva-

mente con la Iglesia, amados oyentes míos: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor, disponeos de antemano para recibirle; desterrad de vuestros corazones todo cuanto pueda desagradarle, aprended las disposiciones que pide en los que le reciben, haced los posibles esfuerzos para adquirirlas; no hay otro medio para no exponeros á una indigna comunión y para traer á Jesucristo á vuestras almas.

Esta es una materia tan importante que pide toda vuestra atención. Por una parte se trata de haceros evitar una culpa tan terrible como la profanación del adorable cuerpo y sangre del Hijo de Dios; por otra, se trata de enseñaros á lograr con la comunión todas las gracias que puede producir en vuestros corazones. ¿Cuáles son, pues, estas disposiciones tan esenciales para comulgar dignamente y con fruto? Las reduciré á cuatro, que serán el asunto de este discurso. Imploramos, etc. *Ave María*.

La Eucaristía es un maná oculto, es la vianda de los fuertes, prenda sensible y permanente del amor de Jesucristo, y continuación y cumplimiento de su sacrificio. Es necesario, pues, saber distinguir este maná oculto, de las viandas comunes, para no engañarse: *Non dijudicans corpus Domini*,¹ que es la primera disposición. Es la vianda de los fuertes, y así es necesario que el hombre se examine antes de llegar á comerla. *Probet autem seipsum homo*,² que es la segunda. Es la prenda del amor de Jesucristo por lo que siempre se recibe en su memoria; esto es, sintiendo con su presencia los movimientos mas tiernos y amorosos que puede excitar la memoria de un objeto muy

1 Corinth. Ep. I, cap. II, v. 29.

2 Ibid. v. 28.

amado. *Hoc facite in meam commemorationem,*¹ que es la tercera. Es el cumplimiento de su sacrificio, y así es justo que siempre que lleguemos á recibirle anunciemos su muerte, llegando á la sagrada mesa con espíritu de cruz y de martirio. *Quotiescumque manducabitis panem huc, et calicem bibetis, mortem Domini anuntiabitis donec veniat,*² que es la cuarta. Debemos, pues, llegar á la sagrada mesa con una fe respetuosa que nos haga discernir, con una fe prudente que nos haga examinarnos, con una fe ardiente que nos haga amar, y con una fe generosa que nos haga sacrificarnos: esta es justamente la doctrina del apóstol refiriéndoos la institucion de la Eucaristía, y la que dan todos los santos acerca del uso de este adorable Sacramento.

Primera disposicion: *Una fe respetuosa que nos haga discernir.* No os parezca, católicos, que hablo aquí de aquella fe que nos distingue de los incrédulos, porque ¿qué mérito puede haber en creer, cuando las preocupaciones de la niñez nos han acostumbrado á ello y la sumision casi nació con nosotros? Aun el sacudir este yugo costaria mucho trabajo, y no se necesita de menos esfuerzo para pasar de la fe al error, que del error á la verdad: hablo de aquella fe viva que llega hasta las nubes que rodean el trono del Cordero, que le ve, no en enigma y como entre cristales, sino cara á cara, si es lícito decirlo así, y como en sí es, de aquella fe que no obstante el velo con que el verdadero Moisés se cubre sobre esta montaña santa, no deja de ver toda su gloria, ni de temblar de respeto en su presencia; de aquella fe que sin profundizar temerariamente la Majestad, se oprime con su resplandor; que ve á los ángeles del cielo cu-

¹ Ibid. v. 24.

² Ibid. v. 26.

brirse con sus alas, y á las columnas del firmamento temblar delante de la terrible Majestad de este rey; de aquella fe á la que nada pueden añadir los sentidos, y que es feliz no porque cree sin ver, sino porque casi ve al mismo tiempo que cree. Hablo de aquella fe respetuosa que santamente se horroriza con sola la presencia del Santuario, que se acerca al altar como Moisés á la zarza sagrada, y como los israelitas á la montaña que arrojaba rayos; de aquella fe que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y que asustada exclama como Pedro: apartaos de mí, Señor, porque no soy mas que un hombre y un pecador. Hablo de aquella fe cuyo respeto llega á temor, y que aun tiene necesidad de que la conforten; que descubriendo desde lejos á Jesucristo sobre el altar, siente un resplandor de majestad que la hiere, la para, la turba, la hace temer el que va á ponerse en su presencia sin su orden.

Este es el discernimiento de fe que el apóstol os pide, católicos. ¡Gran Dios! ¿ha quedado algo de esta fe sobre la tierra? ¡Ah! que por mas que os manifesteis al mundo, éste no os conoce mas que antes. Aun vuestros discípulos no os conocen muchas veces sino segun la carne, y como siempre están en vuestra compañía, se acostumbra á ella su vista y casi no os distinguen. Cuando aparezcáis en los aires sobre una majestuosa nube, se caerán los hombres de espanto, los impíos se ocultarán en profundas cavernas y pedirán á las montañas que caigan sobre su cabeza. ¿No estais por ventura en el Santuario como sobre una nube de gloria? ¿no se abren los cielos sobre vos? ¿no bajan los espíritus celestiales inmediatamente que acaba el sacerdote de pronunciar aquellas poderosas palabras, para serviros de ministros y rodearos de sus respetos? ¿no juzgais á los hombres desde aquel misterioso tribunal? ¿no mirais con

distincion á la multitud de adoradores que llena vuestros templos? ¿no separais allí los cabritos de los corderos? ¿no pronunciáis decretos de muerte y de vida? ¿no teneis allí en una mano coronas y en otra rayos? ¿no me distinguís allí, y escribís sobre mi frente con una mano invisible los caractéres de mi eleccion ó de mi reprobacion eterna? ¡Oh Dios! ¿y acaso al mismo tiempo que vos me estais condenando, yo me atrevo á arrimarme! ¡al mismo tiempo que me arrojais de vuestra presencia, yo me presento ante ella con confianza; al mismo tiempo que abris el abismo, acaso para señalarme el lugar que en él me corresponde, me presento temerariamente en vuestra mesa; al mismo tiempo que acaso me colocais entre los hijos de ira, vengo yo á ponerme entre los hijos de amor: vuestra carne vivificadora es para mí carne de pecado; el Cordero sin mancha que rompe los siete sellos del libro de la muerte, acaso cierra y llena el último de mis iniquidades; y vos, Señor, que habíais de ser mi Salvador, llegais á ser mi pecado!

¡Ah, católicos! antiguamente no se podia ver á Dios sin morir inmediatamente. Un pueblo entero de bethsamitas, solo por haber querido mirar con curiosidad el arca, fué exterminado. El ángel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalem. A los israelitas no se les permitia en el desierto ni aun el arrimarse á la montaña en que el Señor daba su ley; los rayos y relámpagos impedían el acercarse; el terror y la muerte precedían por todas partes á la cara del Dios de Abraham. ¿Y qué? ¿porque no salen hoy torrentes de fuego de nuestros santuarios para castigar á los profanadores é indiscretos, ya le miramos sin respeto y sin temor? ¡Oh hombres flacos sobre quienes tanto pueden los sentidos, que solo sois religiosos cuando el Dios que ado-

rais es terrible! ¿Decidme: si distinguiéramos el cuerpo del Señor, si la fe de su presencia hiciera en nosotros tan grandes impresiones como haria si le viésemos claramente con los ojos corporales, llegaríamos tan tranquilos y casi insensibles á sentarnos á su mesa? ¿Bastaria para disponernos á una accion tan temible el haber dedicado antes algunos momentos á rezar con corazon tibio y un espíritu distraido algunas cortas oraciones? ¿Os parece que la comunion es negocio de una mañana que se quita al sueño ó á los cuidados domésticos? ¡Ah! que este cuidado debiera ocuparnos y traernos inquietos un mes antes; tendríamos necesidad de mucho tiempo para asegurarnos, si es lícito decirlo así, contra nuestro propio respeto y contra la idea de su Majestad: los dias que precediesen serian dias de retiro, de silencio, de oracion, de mortificacion; cada dia que se acercase á este feliz término, veria crecer en nosotros nuestro temor y nuestra alegría; este pensamiento nos acompañaria en todos nuestros negocios, en todas nuestras conversaciones, en nuestras comidas, en nuestro descanso y aun en nuestro sueño; nuestro espíritu lleno de fe no podria des- embarazarse de él; solamente veriamos á Jesucristo: la figura del mundo, lejos de encantarnos, apenas nos moveria; tendríamos ojos y no veriamos; sola esta imágen seria el objeto de nuestra atencion, y esto es lo que se llama distinguir el cuerpo del Señor.

Bien sé que el alma mundana siente unos secretos temores al acercarse una solemnidad en que el decoro ó acaso la ley, la obligan á llegar á la sagrada mesa. Pero ¡oh Dios mio! vos que penetráis lo íntimo del corazon, ¿de qué nacen estas turbaciones? ¿Son acaso aquellos temores de fe y de religion con que una humilde criatura debe llegar á vuestra mesa? ¡Ah! que es una tristeza que causa la

muerte; son unas inquietudes que nacen de las tinieblas de una conciencia, que es necesario aclarar; está triste é inquieta, como aquel jóven del Evangelio á quien mandásteis que os siguiese; teme estos felices dias como dias funestos; mira las solemnidades de los cristianos como misterios tristes y lúgubres; se fatiga con las delicias de vuestro banquete, entra en él como los ciegos y cojos del Evangelio, esto es, es necesario que las leyes de vuestra Iglesia saquen, como por fuerza, á estos infelices de las plazas públicas, de los deleites del siglo y del camino real de la perdicion, y los traigan contra su voluntad á la sala del festin; retarda cuanto puede esta obligacion de la religion, y esta sola memoria ahoga todos sus deleites. Vos, Señor, veis á estas almas infieles cargadas con el peso de una conciencia irresoluta, que están indecisas mucho tiempo entre sus obligaciones y sus pasiones, que por último, eligiendo un confesor indulgente, suavizan la amargura de este paso, y se ponen en vuestra presencia, que sois, ¡oh Dios mio! su alimento en este misterio de amor, con tanta repugnancia, como si se fueran á presentar á un enemigo, y que acaso en todo el año no experimentan otro trabajo mayor que el de recibir á un Dios que con tanto amor se les franquea. ¡Ah, Señor! tambien vos despreciais invisiblemente estas víctimas culpables que van forzadas al altar, pues no quereis sino sacrificios voluntarios. Tambien os entregáis de mala gana á estos corazones ingratos que contra su gusto os reciben; y si aun fuérais capaz de aquellos santos furios que manifestásteis en el sepulcro de Lázaro, os veriamos enfurecer cuando entráis en las profanas bocas, que no son á vuestra vista mas que sepulcros abiertos, así como ellos han gemido mucho tiempo antes de resolverse á tributaros este obsequio.

Confesemos, pues, católicos, que es muy rara la fe que nos hace distinguir el cuerpo de Jesucristo. Creemos, es verdad, pero con una fe que no llega mas que á la superficie de este Sacramento, sin penetrar su virtud y sus misterios. Creemos, pero con una fe que cifra todo su mérito á sujetarse y no contradecir. Creemos, pero con una fe leve que la desmienten las obras, creemos, pero con una fe humana que es el don de nuestros padres segun la carne y no el don del Padre de las luces; creemos, pero con una fe popular que solo deja en nosotros unas ideas flacas y pueriles; creemos, pero con una fe supersticiosa que solo se cifra á respetos vanos y exteriores; creemos, pero con una fe de costumbre que nada conoce, creemos, pero con una fe insípida que nada discierne; creemos, pero con una fe cómoda y sin consecuencias; creemos, pero con una fe poco ilustrada, que falta ó al respeto familiarizándose ó al amor apartándose; creemos, pero con una fe que cautiva el espíritu y deja vagar el corazon; creemos, finalmente, pero con una fe tranquila y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de digna del Dios que nos da á conocer. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, con la fe, es gustar mas de este celestial pan que de todas las viandas de Egipto, es tenerle por el único consuelo de nuestro destierro, por el mas tierno alivio de nuestras penas, por el sagrado remedio de nuestros males y por el continuo deseo de nuestras almas; es hallar en él serenidad en las borrascas, paz en las turbaciones, calma en las inquietudes de la adversidad, asilo contra nuestras desgracias, escudo que oponer á los encendidos dardos que nos asesta el demonio, remedio contra los estímulos de la carne rebelde y nuevo fervor contra las inevitables tibiezas en la piedad. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, es tener mas cuidado, mas atencion,